Entre sombras - La pluma y la hojarasca

Joaquín Toro (Martín Cincinnati)

Capítulo 1

Los ojos de Tristán reposaban moribundos sobre el rostro amenazante del visillo que, con sus encajes floreados, le hacía morisquetas insinuando que pronto tendría que dejar de bucear entre las sábanas en busca de pretextos para encontrarse acostado hasta esa hora. Miró su reloj sobre la mesa de noche: doce en punto. Aquel era su tercer día en Barcelona. Su padre, Osvaldo, viajaba por negocios y había decidido llevarlo para que conociera su país de origen. Los primeros días se dividieron entre la adaptación al nuevo entorno y el recuerdo reciclado una y mil veces de su hogar. Tristán tenía diecisiete años, era taciturno como la mayoría de los jóvenes de su edad y se aburría con facilidad, excepto con la pintura. Para su cumpleaños número ocho, su padre le había regalado un libro con ilustraciones magnificas de diversas obras y desde entonces brotó en su corazón un profundo cariño por el arte en todas sus ramificaciones. La estética y lo grotesco podían valer lo mismo dentro un cuadro y cada colorido detalle, cada trazo dibujado suscitaba un exquisito deleite en sus ojos que invitaba a su mente a viajar en un mar de emociones. La paleta era como la vida misma, ofrecía sus posibilidades dentro del cosmos y estaba lista para que el artista penetrara con su pincel distribuyendo y difuminado las sombras que conformarían el esqueleto de un mundo.

Una cuadra de donde él y su padre se estaban hospedando, funcionaba un modesto taller artístico que invitaba a principiantes a trabajar sus habilidades para el dibujo y la pintura. No le interesaba en forma particular participar en el mismo, pero sí merodear un rato y así contemplar pasivamente como trabajaba el resto. Ese día se levantó de especial buen humor y como no tenía mucho que hacer decidió satisfacer su curiosidad.

Ingresó sin problemas pasando unas rejas metálicas de color blanco. Al avanzar se dio cuenta que no había nadie. El resto del camino consistía en un amplio pasillo adornado con “La Gioconda”, de Da Vinci; “Los comedores de papas”, de Van Gogh; “Apolo y Marcias”, de José de Rivera y muchos más. Al llegar al final del pasillo se encontró en una estancia que parecía un living. Al costado izquierdo había una escalera de caracol y la subió sin mayor anuncio. Las paredes suscitaban oleadas de nostalgia; la luz del sol penetraba por una ventana hexagonal y envolvía las superficies confiriéndoles un aspecto cremoso y rosado como si el esmalte se derritiera. Subió cada peldaño de piedra como si se fuese a desmoronar. Ascendió con lentitud hasta llegar a una sala vacía e igual de iluminada que el resto de la estructura. Habría sido fácil sentirse cómodo ahí… excepto porque no lo estaba. Las dudas lo asaltaron: ¿Estaba en el

salón equivocado? ¿Se habría equivocado de día?

—Disculpad… —una mano se posó en su brazo izquierdo— ¿Entráis?

Cuando se volvió se encontró a un hombre joven de ojos verdes y acuosos. Eran ojos cansados, de viejo y sin embargo, eran dueños de algo que los hacía hermosos y singularmente atractivos. Estaban dotados de una luminosidad espiritual, pintados del esmeralda más divino que uno se podía imaginar.

De inmediato su atención descendió hacia sus labios, aunque no alcanzó a apreciar gran cosa puesto que en ese momento el sujeto lo hizo ingresar al salón: murallas blanco invierno adornadas con algunos cuadros y pupitres varios dispuestos a lo largo y ancho de la habitación.

No sabía qué decir, se puso nervioso, aunque no lo demostró. No lo tenía permitido, a temprana edad descubrió las desventajas y pesares de demostrar inseguridad ante alguien más masculino. Aquel sujeto en definitiva lo era, desprendía virilidad por los poros, su energía era capaz de inundar ese salón y ahogar todo lo vivo y destrozar lo inerte, de intoxicar con sus feromonas y empujar a Tristán a cometer locuras. Pero no, él no era esa clase de muchacho. No tenía el valor. Por esa y otras razones más complejas se sentía poca cosa ahí frente a él. Él tan completo y Tristán… tan sin nombre, sin palabras.

—¿Vienes a anotaros para las clases de pintura?

—Sí —respondió Tristán —una sonrisa se formó en sus labios, lo notó y se sintió como un idiota. De ahí que modificó su actitud y comportó como si todo le diese asco, como si estar ahí fuese solo una manera de matar tiempo. De acuerdo, lo era en un principio, pero no después de tener a alguien como él en frente.

El sujeto lo observó como si quisiese decirle algo. Tristán se moría de ganas por hacer lo mismo, pero ¿para qué? Era increíble la cantidad de "cosas" que Tristán se imaginaba haciendo con otra persona en tan solo segundos.

—Estupendo ¿Por qué no hacemos tu inscripción mientras esperamos a que lleguen los demás muchachos?

—Sí, claro —contestó entusiasmado, aún queriendo decirle "me encantaría" o "por supuesto". Pero no.

Finalmente, el hombre abandonó la estancia unos segundos. Tristán pasó las manos por su pelo castaño, barriendo el sudor de sus sienes y

caminó hacia la ventana ¿habría notado su angustia?

Tras unos segundos, regresó.

—Este es el formulario, debéis llenarlo y poner tu firma aquí —dijo al poner su índice sobre una línea al pie de la hoja.

—Okey —sonrió. Recibió el documento, que venía sobre un compendio de hojas que servían de apoyo.

Tristán se disponía a escribir cuando su mirada huyó del papel y fue a dar con los ojos prohibidos. La mirada del hombre fue amable; movió su cabeza como un gato oteando el aire alrededor de Tristán y le dijo:

—Yo soy Marcos, profesor del taller de arte abstracto —hizo una pausa y añadió—: ¿de dónde sois?

—De argentina, pero me quedo con mi padre a una cuadra de este taller, en el Royal.

—A que ha de ser bien chulo tu país; yo nunca he salido de Barcelona.

—¡Qué lástima!

—No creáis, tío, ahora tengo la ventaja de recomendaros algunos antros de por aquí —dijo al tiempo que le daba una palmada cómplice en el brazo a Tristán.

Y como no podía ser de otro modo, Tristán solo se limitó a responder con una sonrisa.

El salón se llenó de gente de todas las edades, aunque el grupo no era tan numeroso como Tristán había imaginado que sería. Aquello le reportaba mayor tranquilidad y aligeraba la presión social.

La clase daba inicio y Marcos dio la bienvenida a todos los presentes. Tristán se había sentado al final en la fila de en medio. Todos los puestos, sin excepción, se componían de una silla alta y un lienzo en blanco; al lado derecho, sobre una mesita de melanina, había dispuestos una serie de tarritos con oleos y pinceles de diverso grosor y textura, algunas esponjas pequeñas y adminículos varios para uso del artista. Tras concluir, Marcos abandonó el aula.

Para decepción de Tristán, su primera clase no fue con Marcos, sino con otro sujeto que enseño los conceptos básicos de la pintura: Media hora desperdiciada en teoría sin tocar ni de chiste el pincel. La regla era

esa, no comenzar a pintar en la primera clase.

Marcos le había entregado un horario junto con la inscripción. Las lecciones eran tres veces a la semana empezando el lunes. Cuando la clase terminó, bajó hasta el vestíbulo y le asombró lo concurrido que estaba en comparación a cuando había llegado. Taconeos de allá para acá, siseos y acentos descendentes propios de los españoles habían acabado con la fantasmal atmosfera del sitio. Tristán bajó el último peldaño y se quedó de piedra al ver nuevamente a Marcos, que esta vez venía entrando por el pasillo y le decía algo al sujeto que venía con él. Tras ellos emergió otro hombre que cargaba un lienzo enorme cubierto por una tela blanca.

—Dejadlo en la bodega junto al resto —ordenó Marcus, que de inmediato reanudo la charla con su amigo.

Marcos era joven. Tristán le había calculado veintiséis años o menos. Desde la escalera podía ver cómo el pantalón de tela se ceñía a sus piernas confiriéndoles un aspecto estilizado muy a tono con su caminar pausado de grandes zancadas. Sus hombros eran altos y su espalda rectilínea acentuaba a la perfección el inicio de unos glúteos bien proporcionados…A Tristán se le hacía agua la boca de solo imaginárselo desnudo, de hecho era eso lo que inconscientemente hacía cuando de pronto se percató de que Marcos lo estaba mirando a los ojos hacía quizá un par de minutos.

Tristán se sonrojó, aunque Marcos torció un gesto sexy con los labios y no paró de hablar con el otro tipo. En menos de lo que canta un gallo desapareció de la escena. “Ahora sí que la cagué” —pensó— “seguro debe haberse dado cuenta”. Cosas como esa pasaban por su mente una y otra vez a gran velocidad mientras caminaba de regreso a casa, apesumbrado y con una mezcla de culpa, vergüenza, pánico y una cuarta emoción que se negaba a desparecer desde que había conocido a aquel joven en la mañana y que aún no identificaba.

Cuando llegó al hotel subió a su habitación y se dio por vencido sobre la cama. Ahora solo debía esperar hasta dentro de un día para ver a Marcos. Se entregó al viejo divertimiento de plasmar sus angustias en una pintura. De ningún modo previó resultados espectaculares, sabía que amar a otros autores no le confería poderes especiales para crear algo de la misma altura, sin embargo, el impulso era fuerte, la inspiración estaba en su corazón (y en otras partes de su cuerpo) y contaba con los implementos necesarios.

Mojó un pincel y nada más comenzar las imágenes se sucedieron unas tras otras dentro de su mente. Los patrones delineados ante sus ojos surgían desde lo profundo y nada impedía que aquel brote no se siguiese expandiendo a cada minuto… hasta que su padre llamó a la puerta. Ya

eran las siete de la tarde.

Tristán le abrió y cuando este pasó y vio los progresos de su hijo, solo atinó a felicitarlo y al mismo tiempo asombrarse por lo maravilloso del cuadro.

—¿Qué es?

—Todavía no estoy seguro, a decir verdad lo hice sin pensar y lo terminé hace unos minutos.

—Guarda cierto parecido con un abismo o… una pluma. No, con cientos de plumas… —el hombre miró a Tristán como esperando que este ultimo completase la oración para terminar de darle una definición a lo que había en el cuadro.

—Quizás… no estoy seguro —dijo Tristán.

Tras aquel repentino ataque creativo, padre e hijo bajaron a cenar junto a varias personas que trabajan con su padre. Osvaldo se dedicaba al comercio, relaciones públicas y asistencia financiera de las galerías de arte; secretamente se asumía como artista de escaso talento y nula tolerancia a la frustración. Sabía que no sería ni un Dorian Grey ni un Roberto Mata, así que a los veintiséis tiró la toalla y escogió una carrera que daría sustento a su pequeña familia. Él y su esposa se divorciaron cuando Tristán tenía quince años y la custodia había caído en manos de ella. La vida para Tristán dio un vuelco radical y a ello se sumó su incipiente homosexualidad. Seis meses después de que Osvaldo se hallase en su nuevo y mejor pagado empleo, la mujer falleció bajo circunstancias poco claras.

Fue entonces cuando Tristán se fue a vivir con su padre y, un año más tarde y tras más de diez mil kilómetros recorridos en Delta Airlines desde Mendoza hasta Barcelona, ahí estaban los dos, disfrutando de unas vacaciones en el Royal.

La cena tuvo lugar en uno de los comedores principales. La mesa era amplia y estaba provista de innumerables recipientes de las más elaboradas ensaladas y mejunjes floripondios que por esa parte de la ciudad eran la última tendencia en restaurantes de categoría. Tristán, como era de esperarse se había sentado al lado de su padre. Alrededor, una serie de caras desconocidas pero muy distinguidas los rodeaban mientras comían e interactuaban sin parar.

—Estoy de acuerdo con lo de la reforma…

—Creo que no nos hemos reunido para hablar de política, Daniel —interrumpió un hombre de cuarenta años, calvo, de facciones dulces y

una voz reconfortante— ¿no es así, Osvaldo?

—Así es —dijo este último—, aunque no discrepo ante lo de la reforma. Me alegro de no vivir aquí.

Muchos rieron.

Raquel Altamira, otra comensal, era una dama de edad que evitaba a toda costa las tinturas para ocultar las canas. En su lugar, aplicaba tonos dispares de negro sobre gruesos mechones que hacían una melena bicolor esponjosa y uniforme a juego con su vestido negro sin mangas, y con un escote favorecedor ante la renuencia de su busto que, por lo visto, era inmune al paso de los años.

—Debo decir que estoy fascinada con el trabajo de Eduardo, aunque "Desnudo en la terraza" sigue siendo uno de mis preferidos.

—Obras viejas, Raquel, mirad el amplio espectro que nos ofrece el chico nuevo —opinó Adela, una veterana con un vestido que nada tenía que envidiar al de su interlocutora.

—¿Quién?

—Pues Marcos Artiagoitia ¿Quién más?

Raquel ni se inmuto al escuchar el nombre, sin embargo había alguien en esa mesa que sí lo hizo.

Tristán preguntó a su padre en un susurro:

—Papá ¿Quién es ese Marcos Artigoi..?

—Marcos Artiagoitia —completó—, pintor nuevo dentro de la galería. Tiene un estilo un tanto difícil de definir, aunque no nos importa mucho, siempre y cuando sus cuadros sigan vendiéndose ¿Por qué?

Tristán sopeso un rato la información y dijo:

—Me apunté para un taller de pintura esta tarde y creo que podría tratarse de la misma persona.

Osvaldo observó a su hijo con asombro.

—¿Te inscribiste a un taller de pintura? ¿Por qué no me había contado nada?

—Eso hago.

—Vale —dijo Osvaldo cerrando un ojo al tiempo que sonreía con calidez, todo lo que se podía esperar de un hombre relajado y padre “buena onda”. Luego añadió: Me parece genial lo que haces… A decir verdad sí estaba enterado acerca de que Marcos daba clases en un taller, a decir verdad ese fue el medio a través del cual conoció a un tipo que trabajaba en la galería y pues así llegó a ser conocido.

—Ya veo.

El señor Bellucci, dueño absoluto e indiscutido de la galería, quien se encontraba sentado al frente de Tristán, tocó el extremo de su copa con una cucharita de postre:

—Quisiera proponer un brindis. Nada me llena más que estar en compañía de tan formidable equipo. Ustedes serán pronto los artífices de un proyecto que tendrá…

En ese preciso instante, Tristán vio que el rostro del señor Bellucci adoptaba una forma distinta mientras su boca aumentaba de tamaño y sus ojos se inyectaban de un rojo sangre…

Tristán palideció del miedo, observó a su padre, pero este escuchaba con gran parsimonia el discurso de aquel sujeto, enfrascado en el mensaje, tal cual los demás.